

Los escondites son secretos peligrosos;
descubrirlos, mi pasión.

DEVIL'S NIGHT II

Hideaway

PENELOPE
DOUGLAS

booket

Penelope Douglas

Hideaway

Devil's Night, 2

Traducción de Amparo Gresa y María Garrido





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Hideaway*

© del texto: Penelope Douglas, 2017

Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de International Editors and Yañez' Co.

© de la traducción: Amparo Gresa y María Garrido (Prisma Proyectos, S.L.), 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662, 664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Primera edición en Colección Booket: julio de 2025

Depósito legal: B. 10.854-2025

ISBN: 978-84-08-30600-9

Impreso en España

Capítulo 1

Kai

La lluvia era como la noche. Tanto en la oscuridad como bajo las nubes uno podía ser diferente.

No estoy seguro de por qué. Puede que por la ausencia de la luz del sol o por cómo se intensificaban los sentidos o por el sutil velo que ocultaba las cosas a nuestra vista, aunque solo en ciertas ocasiones era aceptable hacer ciertas cosas. Quitarse la chaqueta y arremangarse. Servirse una copa y recostarse. Reír con los amigos y gritar viendo un partido de baloncesto en televisión.

Seguir al baño a una chica a la que te has estado follando con la mirada desde hace una hora y que tus amigos asientan con aprobación cuando vuelvas.

Prueba hacer eso durante el día con la becaria de la oficina.

No es que quisiera la libertad de poder darme el gusto de hacer lo que me apeteciera a cualquier hora, pues las cosas cuanto más escasas eran más especiales.

Pero cada mañana, al salir el sol, el estómago se me tensaba por la expectativa.

El ocaso llegaría de nuevo.

Con la máscara colgando de la mano a mi lado, me paré

en el rellano del segundo piso y observé a Rika sentada en su coche. Tenía la cabeza inclinada y su cara resplandecía por el brillo del teléfono móvil, a pesar del aguacero que golpeaba contra el parabrisas mientras escribía.

Moví la cabeza, tensé la mandíbula. «No escucha.»

Observé a la novia de mi mejor amigo mientras terminaba y desaparecía la luz del móvil. Después abrió la puerta del coche, salió y echó a correr lanzándose a través de la fuerte lluvia. Fijé la vista en ella y repasé sus gestos. «La cabeza y la mirada hacia abajo. La mano cerrada en un puño con las llaves. Los brazos protegiendo la cabeza de la lluvia y obstaculizándole la línea de visión.»

Completamente ajena a lo que la rodeaba. La víctima perfecta.

Estiré de la goma de la máscara y me la deslicé por la cabeza. La parte interna se acomodaba a cada curva de mi cara con precisión. Todo a mi alrededor se redujo y lo único que podía ver era lo que había delante de mí.

Una ola de calor me bajó por el cuello y se me instaló en el pecho. Di una inspiración larga y fría mientras el corazón se me desbocaba por el ansia.

De repente, el ruido de la lluvia, que caía como una cascada en el pasaje exterior, entró en el *dojo* y las pesadas puertas metálicas del piso inferior se cerraron de un golpe.

—¿Hola? —gritó ella.

Se me hundió el corazón en el pecho y cerré los ojos para saborear el momento. El sonido de su voz resonó por el edificio vacío, pero yo me quedé plantado en el oscuro rellano esperando a que ella me encontrara.

—¿Kai? —la oí gritar en la distancia.

Me hice atrás y me puse la capucha de la sudadera negra. Me tapé la cabeza y me volví para mirar hacia abajo por encima de la barandilla.

—¿Hola? —volvió a preguntar, más nerviosa—. Kai, ¿estás aquí?

Lo primero que vi fue su pelo. Es lo que primero llamaba la atención en Rika. En su ático oscuro, en este *dojo* oscuro, en el callejón oscuro que había fuera, en habitaciones oscuras y en las calles oscuras... Ella siempre destacaba.

Apoyé las manos sobre la oxidada barandilla metálica con los pies bien firmes sobre el suelo, y la observé mientras entraba muy despacio en la habitación principal que estaba justo debajo de mí y accionaba los interruptores de la pared. Pero no sucedió nada. Las luces no se encendieron.

Movió la cabeza a izquierda y derecha con repentina inquietud y volvió a estirar la mano para accionar repetidamente el interruptor.

Nada.

El pecho le subía y bajaba con mayor rapidez. Al caer en la cuenta de lo que ocurría, se aferró a la correa de su bolso con más fuerza.

Luché por no sonreír e incliné la cabeza para observarla. Debería hacerme notar. Debería jugar limpio, hacerle saber que estaba aquí y que estaba a salvo.

Pero, cuanto más esperaba, cuanto más quieto y oculto me quedaba, más nerviosa se ponía ella. Cuando se internó en la habitación, no pude evitar disfrutar del momento. Estaba confundida, asustada, cohibida. No sabía que yo estaba aquí, justo encima de ella. Tampoco sabía que mis ojos no la perdían de vista en ese momento. No sabía que podía correr hasta ella, agarrarla y tirarla al suelo antes de que se diera cuenta.

No quería asustarla, pero lo hice. El poder y el control son adictivos. Y yo no quería que me gustara, me hacía sentir como un enfermo.

Me volvía como Damon.

Empecé a respirar con más intensidad y apreté los puños alrededor de la barandilla. Yo también me estaba asustando. Esto no era normal.

—Sé que estás aquí —dijo mientras miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

Pero ese gesto cabezota en sus ojos era forzado y me hizo levantar la comisura del labio en una sonrisa detrás de la máscara.

La camiseta, grande y gris, se le caía por los hombros y la lluvia brillaba en su pecho y su cuello. La lluvia seguía cayendo incesante sobre Meridian City y, a esta hora de la noche —y en este barrio—, las calles estaban vacías. Nadie la oiría. Probablemente, nadie la había visto entrar en el edificio.

Y, por la forma en que empezó a retroceder de espaldas hacia la puerta, parecía que estaba empezando a darse cuenta.

Di un paso adelante.

El suelo crujió y ella movió rápidamente la cabeza hacia la izquierda, en dirección al sonido.

Clavó los ojos en mí. Manteniéndole la mirada, me encaminé a la escalera.

—¿Kai? —preguntó.

«¿Por qué no me contesta? —se estaría preguntando seguramente—. ¿Por qué lleva la máscara? ¿Por qué no van las luces? ¿Será por la tormenta? ¿Qué pasa aquí?»

Pero no le dije nada mientras caminaba despacio hacia ella. Conforme me acercaba, su contorno pequeño y precioso se iba definiendo más. Unos mechones de pelo que no había visto antes se le habían pegado al pecho y los pendientes de diamante que Michael le regaló las Navidades pasadas brillaban en sus orejas. Las puntas de sus senos sobresalían en la camiseta.

Me miraba con cautela con sus ojos azules.

—Sé que eres tú.

Sonreí detrás de la máscara porque la tensión de su cuerpo traicionaba la seguridad de sus palabras. «Ah, ¿sí?»

Lentamente, di una vuelta a su alrededor como enjaulándola, mientras ella se quedaba obstinadamente quieta. «¿Estás segura de que soy yo? Puede que no sea Kai, ¿verdad? Podría haberle cogido la máscara o haberme comprado una igual.»

Me detuve detrás de ella tratando de mantener la respiración calmada, a pesar de lo fuerte que me latía el corazón. Podía sentir la energía que había entre mi pecho y su espalda.

Debería haberse dado la vuelta. Debería prepararse para el peligro tal como le enseñé. ¿Se pensaba que esto era un juego?

—Déjalo ya —me ladró volviendo la cabeza lo suficiente para que pudiera verle los labios—. No tiene gracia.

No, no tenía gracia. Michael se había ido —pasaba la noche fuera de la ciudad— y Will seguramente estaría por ahí emborrachándose. Estábamos solos.

Y, por los brincos que me daba el estómago en ese momento, no era gracioso, ni correcto, ni adecuado lo mucho que constantemente tenía que llevarme al extremo para volver a sentir que estaba al mando. No era bueno que no quisiera parar.

La envolví en mis brazos y enterré la nariz bajo su oreja. Su perfume me cerró los párpados y la oí dar un grito ahogado cuando apreté con más fuerza mi cuerpo contra el suyo.

—Solo estamos nosotros, monstruito —gruñí—, justo como yo quería, y tenemos toda la noche.

—¡Kai! —me chilló revolviéndose contra mis brazos.

—¿Quién es Kai?

Se retorció tratando de soltarse de mí.

—Te conozco bien. La altura, la figura, el olor...

—Ah, ¿sí? —inquirí—. Sabes cómo me siento, ¿eh?

Enterré el rostro enmascarado en su cuello y reafirmé los brazos a su alrededor, posesivo, amenazante. Le hablé en un susurro:

—Echo de menos cuando estabas en el colegio, Rika —gimoteé y actué como si me encantara la sensación de ella forcejeando contra mí—. Antes no rechistabas.

Se detuvo; paró todo el cuerpo excepto la respiración. Le cedió el pecho y después comenzó a sacudirse entre mis brazos.

Ya la tenía.

Alguien cercano a nosotros dijo esas mismas palabras una vez, alguien que la asustaba, y ahora dudaba de si yo era esa persona o no. «Damon desapareció el año pasado y podría estar en cualquier parte, ¿verdad, Rika?»

—He esperado mucho tiempo para esto —dije mientras en el exterior estallaba un trueno—. Quítate esta mierda. —Le bajé de un tirón la camiseta y dejé a la vista el sujetador; ella soltó un grito—. Quiero verte, joder.

Jadeó y quiso apartarse retirando los brazos. De inmediato, dio un paso atrás —el primer movimiento que le enseñé para cuando alguien te agarra por la espalda—, pero yo aparté a un lado el pie trasero porque sabía lo que pretendía hacer.

«¡Venga ya, Rika!»

Y entonces, de sopetón, se dejó caer con todo su peso y su cuerpo se me escurrió de entre los brazos.

Casi me reí. Pensaba rápido. «Bien.»

Pero yo mantuve la presión. Se incorporó sobre manos y pies y estaba a punto de escapárseme, pero me adelanté y la agarré por el tobillo.

—¿Adónde te crees que vas? —la provoqué.

Se dio la vuelta y me dio una patada en la máscara. Yo retrocedí riéndome.

—Ay, Dios, cuánto me voy a divertir. Me muero de ganas, joder.

Se le escapó un gemido cuando, mientras se arrastraba hacia detrás, consiguió ponerse de nuevo en pie. Se dio la vuelta con el miedo marcado en la cara, y echó a correr hacia los vestuarios. Seguramente, quería alcanzar la puerta trasera del edificio.

Salí a la carrera tras ella y la sujeté por la camiseta. El cuerpo me ardía.

«Joder.» Noté cómo me resbalaba una gota de sudor por la nuca.

«Es solo un juego. No le haré daño.» Como cuando de niños jugábamos al pilla-pilla o al escondite. Cuando nos atrapaban, sabíamos que no nos pasaría nada malo y, cuando pillábamos, no pensábamos en hacer ningún mal, pero ese miedo irracional nos emocionaba igualmente. Eso era lo que me gustaba. Solo era eso. Esto no era real.

Le di la vuelta, la envolví con un brazo, pasé la otra mano por detrás de la rodilla y la levanté del suelo. Lanzó la otra rodilla hacia mí, pero giré las caderas antes de que me alcanzara la entrepierna. Mientras la giraba, nos dejé caer a los dos al suelo conmigo encima de ella.

—¡No! —gritó. Se sacudió debajo de mí. Me abrí paso a la fuerza entre sus piernas, le levanté las muñecas por encima de la cabeza y la sujeté con fuerza.

Luchó contra mi presa, pero los músculos de los brazos le empezaron a temblar. Se le terminaban las fuerzas.

Me quedé quieto y miré hacia abajo. Damon y yo teníamos los ojos y el pelo oscuros, aunque los suyos eran casi negros. No sería capaz de notar la diferencia en la oscuridad que nos rodeaba. Pero podía sentirme. Sujetándola, obligándola, amenazándola..., igual que él.

Lentamente, dejé caer la cabeza hacia el pecho y me que-

dé a dos centímetros de su piel. Dejó de pelear. Se le arqueaba el pecho con tanta fuerza que parecía que tenía un ataque de asma.

Al mirarla, con su cuerpo fácilmente acoplado al mío y las manos agarradas por encima de ella en un gesto de impotencia, vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Sabía que ya estaba. No había nadie que me detuviera, nadie que oyera sus gritos. Un loco de atar con máscara podía hacerle daño, incluso llegar a matarla, y podía pasarse la noche entera en ello.

De repente, se le torció el gesto y echó a llorar mientras sus ganas de luchar se desvanecían al asimilar el horror de lo que le estaba ocurriendo.

«Maldita sea.» Furioso, me tiré la capucha hacia atrás y me quité la máscara.

—¡Eres una cría! —rugí y estampé la mano en el suelo al lado de su cabeza—. ¡Librate de mí! —Vi el miedo reflejado en su cara—. ¡Ya! ¡Venga!

Gruñó con la cara cada vez más roja, se levantó de un salto y me pasó el brazo por la nuca. Me inmovilizó la cabeza con una llave, pasó la otra mano por debajo de su brazo y me metió el índice y el pulgar en los ojos.

No era gran cosa, pero consiguió que aflojase la presa el tiempo suficiente para golpearme en la mejilla y, cuando retrocedí, se enderezó, cogió el bolso y me lo estrelló en la cabeza.

—¡Ah! —resoplé quitándoselo de las manos.

Pero, rápidamente, se estabilizó y corrió hacia la pared, donde cogió una espada de kendo y tomó posición con el *shinai* de bambú levantado y preparado.

Me puse en cuclillas y me pasé una mano por la cara para ver si tenía sangre. Nada. Dejé escapar un suspiro y levanté la mirada hacia ella. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al

ver que el miedo abandonaba su rostro y era remplazado por la ira.

Aún sentía la adrenalina en el cuerpo. Tomé una profunda inhalación para levantarme, pues de repente sentía que pesaba como diez veces más.

—¡No me gusta que me tiendan emboscadas! —me soltó con los dientes apretados—. Se suponía que este era un espacio seguro.

Parpadeé y le lancé una mirada reprobadora.

—Ningún sitio es seguro.

Caminé hacia la escalera y, mientras la subía, empecé a quitarme la sudadera.

—No estás alerta. —Recogí la botella de agua que había dejado junto a la ventana—. Te he observado. En la calle estabas centrada en el teléfono y a duras penas has conseguido librarte de mí. Pierdes mucho tiempo cediendo al pánico.

Bebí con avidez, aunque el esfuerzo no era el único motivo. Pensaba, me preocupaba y planeaba demasiado. Esto me hacía falta.

Echaba de menos aquellas noches, hacía años, cuando me soltaron. Cuando tenía amigos con los que perderme.

Comenzó a subir la escalera y miré por la ventana. Las brillantes luces de Meridian City refulgían al otro lado del río en gran contraste con la oscuridad de esta orilla.

—He asimilado todo lo que me enseñaste —afirmó—. Yo confiaba en ti y por eso no me lo he tomado en serio, pero, si me vuelve a ocurrir, lo haré mejor.

—Deberías haberlo hecho bien esta vez. ¿Y si no llego a ser yo? ¿Qué te habría ocurrido?

Bajé la mirada hacia ella y observé que miraba con tristeza por la ventana. El arrepentimiento se instaló en mi estómago. Detestaba verla así. Rika ya había sufrido bastante y

yo no había ayudado demasiado con lo que acababa de hacer.

—Creo que te gustaba —replicó tranquilamente mientras seguía mirando por la ventana—. Creo que disfrutabas.

Me dio un vuelco el corazón, dejé de mirarla y seguí su mirada por la ventana.

—De ser así no habría parado.

Levantó la vista hacia mí y, en ese momento, oí un coche que pasaba salpicando agua de lluvia.

—Ya sabes que también te observo —replicó—. Eres callado, nadie ha visto nunca dónde comes o duermes...

Enrosqué el tapón de la botella de agua. El plástico crepitó en mis manos. Sabía a qué se refería.

Pero tenía que guardármelo todo dentro o se me escaparían las cosas menos adecuadas. Era mejor así.

Y, últimamente, había empeorado. Todo se había jodido. Ella y Michael estaban obsesionados el uno con el otro y Will solo se mantenía sobrio unas pocas horas al día. Había estado más solo que nunca.

—Eres como una máquina. —Dio una larga inhalación—. No como Damon. Eres inescrutable. —Hizo una pausa—. Excepto ahora, cuando llevas la máscara. Te ha gustado, ¿verdad? Solo en momentos como este parece que sientes algo.

Volví la cabeza y dulcifiqué la mirada.

—No estás conmigo todo el tiempo —bromeé.

Le sostuve la mirada un momento. Los dos sabíamos exactamente a qué me estaba refiriendo. Ella no me veía con mujeres y un rubor le tiñó las mejillas. Me lanzó una media sonrisa en señal de que abandonaba ese hilo de conversación.

Me aclaré la garganta para cambiar de tema.

—Tienes que trabajar el contrataque —le dije— y la velo-

cidad. Cada vez que te paras, le das al atacante la oportunidad de apresarte.

—Sabía que contigo estaba a salvo.

—No lo estás —repliqué muy en serio—. Asume que estás siempre en peligro. Si te agarra cualquiera que no sea Michael, que reciba su merecido.

Cruzó los brazos en el pecho y pude notar lo furiosa que estaba. Yo la comprendía. No quería vivir siempre en guardia. Pero apenas estaba adquiriendo unas nociones básicas de autodefensa y no había límite en lo mucho que lo iba a sentir si se arriesgaba tanto. Michael no estaría siempre cerca.

Pero, cuando lo estaba, al menos estaba con ella. Hacía ya semanas que no hablaba con él.

—¿Cómo está? —le pregunté.

Puso los ojos en blanco. Podía sentir que se estaba calmando un poco.

—Quiere que nos vayamos a Río o a algún sitio para casarnos.

—Creía que habíais decidido esperar a que terminaras la universidad.

Asintió con un suspiro.

—Sí, yo también lo creía.

Entrecerré los ojos al mirarla. Entonces, ¿qué había pasado?

Los padres de Michael y Rika esperaban una boda en Thunder Bay y, por lo que yo sabía, a la pareja le parecía bien. De hecho, Michael había sido firme en lo de hacer una gran boda. Quería verla de blanco recorriendo el pasillo hacia él. Después de todo, había crecido pensando que se casaría con su hermano. Ahora pretendía enseñarles a todos que era suya.

Y entonces caí.

Damon.

—Teme que una boda a bombo y platillo tiente a Damon a volver —adiviné.

Rika volvió a asentir seriamente aún con la mirada vuelta hacia el exterior.

—Piensa que, si nos casamos, no me pasará nada. Cuanto antes, mejor.

—Tiene razón —confirmé—. Una boda, cientos de personas y Will y yo de su lado, el ego de Damon no lo soportará. No se quedaría muy lejos.

—Hace un año que nadie lo ha visto ni se sabe nada de él.

Tensé la mandíbula al notar que esa expectativa me cerraba el estómago.

—Sí, eso es lo que más me asusta.

Hace un año, Damon quería que Rika sufriera de forma inimaginable. Todos lo queríamos, en realidad, pero Damon fue más lejos y, cuando dejamos de apoyarlo, nos volvimos sus enemigos. Nos atacó, le hizo daño a ella y ayudó a Trevor, el hermano de Michael, en su intento de asesinarla. Michael no se equivocaba al asumir que la ira de Damon no se habría disipado. Si hubiéramos sabido dónde estaba, ya sería algo, pero los detectives que contratamos para encontrarlo y mantenernos informados de su paradero no habían sido capaces de localizarlo.

Lo cual explicaba por qué Michael quería tomar medidas para sacar a Rika del punto de mira, tal y como organizaría una gran boda en nuestro próspero pueblo natal costero.

—A ti te da igual la boda —le recordé—. Solo quieres a Michael. ¿Por qué no te vas de viaje a hacer lo que él quiere?

Se quedó en silencio unos instantes y después habló suavemente con los ojos perdidos en la distancia.

—No. —Sacudió la cabeza—. Detrás de la iglesia de St. Killian, donde termina el bosque y los acantilados dan paso al mar. Bajo el cielo de la medianoche... —Asintió con una

preciosa y melancólica sonrisa en los labios—. Ahí es donde me casaré con Michael.

La estudié preguntándome a qué venía esa mirada distante y soñadora. Daba la impresión de que siempre hubiera sabido que se casaría con Michael Crist y lo hubiera visualizado en su mente toda la vida.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó Rika indicándome con un gesto del mentón algo del exterior.

Seguí su mirada, pero no tenía que mirar para saber a qué edificio se refería. Había elegido este sitio para nuestro *dojo* por una razón.

Mirando por la ventana, observé el edificio al otro lado de la calle, unos treinta pisos más alto que el nuestro. La lluvia y varias farolas rotas oscurecían la piedra gris.

—El Pope —contesté—. En sus tiempos fue un gran hotel. Aún lo es, de hecho.

El Pope llevaba varios años abandonado. Lo habían construido cuando salió el rumor de que iban a levantar un estadio de fútbol por esta zona para atraer el turismo a Meridian City. Y para revitalizar Whitehall, el decadente barrio urbano en el que estábamos ahora.

Por desgracia, el estadio no llegó a ver la luz y el Pope se hundió después de luchar un tiempo por mantenerse en activo.

Repasé las ventanas oscuras. Apenas se distinguían las sombras de las cortinas dentro de cien habitaciones que ahora estaban vacías y silenciosas. Era duro pensar que un sitio tan grande no tuviera ni una pizca de vida dentro. Imposible, de hecho. Con desconfianza observé cada hueco oscuro, pero la mirada solo conseguía penetrar unos centímetros en la estancia antes de que la oscuridad se tragara el resto.

—Me da la sensación de que nos observan.

—Lo sé —coincidí mientras examinaba una ventana tras otra.

Por el rabillo del ojo, vi que temblaba y le ofrecí mi sudadera.

La cogió con una sonrisa y se dio la vuelta en dirección a la escalera.

—Qué frío hace. No puedo creerme que ya estemos en octubre. Pronto será la Noche del Diablo —canturreó un poco emocionada.

Asentí y la seguí.

Pero, al echar un último vistazo detrás de mí, un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar en las cien habitaciones vacías y encantadas que contenía el hotel abandonado del otro lado de la calle.

Y una Noche del Diablo, hace mucho tiempo, un chaval que solía ser yo cazó a una chica que podría ser como Rika en un lugar que podía ser ese mismo oscuro hotel que estaba frente a la ventana.

Pero al contrario que esta noche, él no paró.

Hizo algo que no debería.

Bajé la escalera a poca distancia de Rika y acompasé a la perfección sus pasos con los míos mientras le miraba la melena que le caía por la espalda.

No se había dado cuenta de lo cerca que tenía el peligro.